Co 2579

81-9-5 bis 12

(n° 124)

Discurso

que ha de leer en el ejercicio del doctorado el Lic.do en medicina y cirugía D. Miguel Gomez Varin

Madrid 30 de Setiembre de 1876.

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE
5315412639

61888992X.

Muy ilustre Señor.

Costumbre antigua, que por cierto no pretendo eximir, es la de demandar indulgencia al ocupar este honroso retial; mas, si la generalidad puede hacerlo, al tomar en él asiento, sólo por mera fórmula, yo, en cambio, veóme obligado á pedirla, porque privado de las galas con que adornar pueden mis escritos hábiles plumas, diestras en esta clase de lides científicas, y escaso de conocimientos, sólo ofrezco pueda un microscópico boceto, pálido y descolorido como mico, pobre y raquítico como mi humilde inteligencia. Yo no dudo, sin embargo, que tan ilustre y respetable tribunal ha de dispensarme la benevolencia que reclamo; y sólo en esto fiado, me atrevo á desarrollar, en breves páginas, el siguiente tema:

Efectos que producen los miasmas palúdicos. Origen de estos miasmas.

M. I. S.: ¿Quién que haya visitado las comarcas pantanosas en que por desgracia abunda España, no ha tenido ocasion de observar esa enfermedad á las veces franca y clara, á las veces hipócrita y encubierta y que tantas complicaciones produce; esa enfermedad cuyo diagnostico, sino exacto al menos aproximado, es factible aun para los menos versados en la dificil ciencia de curar? ¿Quien, aunque no haya salido de las grandes capitales, en donde olvidarse suelen con harta frecuencia los mas vulgares preceptos higienicos, y verificarse el riego á horas intempestivas y en sitios en que abundan las plantaciones, no ha sido llamado á prestar sus cuidados á enfermos con fiebres intermitentes benignas en ocasiones, y en ocasiones malignas ó perniciosas? ¿Quien en esos mismos grandes centros y con mayor frecuencia en lugares pantanosos, en poblaciones en cuyas cercanias se encuentran aguas encharcadas, no ha observado esos individuos jovenes, de faz descolorida, de color pajizo, sui generis, de mirada triste y andar acompasado, en quienes se revela ese empobrecimiento de la sangre que se denomina paludismo? ¿Y quién, en estas mismas comarcas, no ha visitado á sugetos que en la flor de su edad se hallaban atormentados por edemas, infartos del bazo, infartos del hígado, ascitis y ese cúmulo inmenso de accidentes, origen todos de una misma causa? ¿Y despues, qué práctico esperto, que profesor que cuente algunos años de práctica no conoce multitud de casos en que esos accidentes, esas complicaciones, esos efectos del miasma palúdico han sido confundidos y tomados por enfermedades muy distintas merced al olvido de las condiciones etiologicas á que estuvo sometido el enfermo? Esto prueba de una manera harto concluyente, la grande importancia y la notoria trascendencia del estudio que ligeramente, pues no á otra cosa alcanzan nuestras fuerzas, vamos á emprender.

Traslademonos, siquiera sea imaginariamente, á la huerta de Ruzafa, pueblo inmediato á Valencia; traspasemos, sino quereis lo que se conoce con el nombre de Monte-Olivete; internémonos hácia Pinedo y alli, cerca de la Albufera, podreis contemplar, en agitado y por desgracia sombrio cuadro, todos los perniciosos efectos de esos miasmas.

Alli, junto á ese gran lago por muchos de sus puntos sucio y hediondo; alli donde el hermoso azul del cielo convida á la contemplacion y la multitud de pájaros que pueblan los contornos hacen pasar agradable é insensiblemente el tiempo, siembra la malaria el luto y la desolacion. Aquel terreno, aquellos aires que segun las modernas teorias arrastran los miasmas, la alta temperatura que aumenta la evaporacion y desorganiza los productos vegetales sepultados en el fango, las copiosas lluvias y el género de vida á que por necesidad han de entregarse sus habitantes, son causas propicias para producirla. Por esto se ven en unos meses intermitentes regulares, de accesos cortos, de poca

resistencia á la febrífugo; ninguna ó muy poca, remitente; nada de malignidad; al paso que en otros, la gravedad aumenta, los ataques empiezan á confundirse; desaparece alguno de ellos para hacer mas insidiosa la enfermedad; asoman las fiebres dobles, las subintrante, las larvadas, y después, mas tarde, cuando la gente del pueblo trabaja dentro de esa agua encharcada, todas las enfermedades se complican por esta causa, á toda la domina y andando el tiempo la caquexia palúdica, con su fúnebre cortejo sintomático pone fin á este cuadro nada seductor.

Sabido es, M. S. S., que los efectos que con mas frecuencia produce la malaria son las fiebres que se denominan intermitentes, por el modo como se presentan, por el tipo de su marcha, y que esta circunstancia sirve para clasificarlas á casi todos los autores. Hay sin embargo quien no concede toda la importancia que se merece á la division en ella fundada: decimos, esto porque no falta quien asegura que fuera de las cuatro variedades, y subvariedades primeras, no hay ya en estas fiebres nada fijo y regular que permita estender á mas su número de una manera metódica y acertada.

Esta preocupacion está tanto mas fuera de lugar, cuanto que hemos podido convencernos de que la periodicidad no alcanza solo al tipo cuartanario, sino que puede llegar y llega indudablemente, con una regularidad admirable, al septenario y al mensual.

Hace poco tuvimos ocasion de recoger un caso verdaderamente curioso. Trataba de un enfermo que en el pasado otoño se vió atacado de una intermitente cuotidiana, benigna y franca que con la administracion pronta del antitípico desapareció al tercer abceso. Dos semanas despues y sin motivo alguno, tornó la enfermedad acompañada de mayor fuerza y bajo la forma terciana; una dósis mas alta de sulfato de quinina volvió de nuevo á cortarla, y un mes despues, á pesar del uso metódico y continuado del febrífugo, el paciente se vió acometido de un abceso mucho mas grave que los anteriores, y cuya rejuticion inmediata pudo evitarse aumentando enormemente la dósis de sulfato. Desde entonces, y por espacio de algunos meses, el individuo en cuestion ha venido sufriendo regular y periódicamente en dias señalados y fijos, accesos mensuales que han cedido por el pronto al antitípico, pero que han tornado á reproducirse en el mes inmediato, burlando todos los metodos y todas las previsiones.

La mayoria por no decir todos los autores, divide á las fiebres, efecto del miasma palúdico, en normales y anormales ó irregulares, subdividiendo las primeras en benignas y perniciosas, y las segundas, segun el doctor J. A. C. C. O. D. en irregulares, perniciosas y larvadas; no nos detendremos en examinar, pues no es ese nuestro propósito, los síntomas que caracterizan á cada una de ellas, y solo mentaremos, como efecto de la malaria, como gráficamente la llamó por ser primera Niemeyer, el eminente patólogo por desgracia arrebatado á la ciencia en edad temprana y cuando mas lozanos frutos prometia, como efecto, decimos, de esa mal-

lo que eso la palabra significa, la calentura algida, la calentura diaforetica, la comatosa, soporosa, letargica ó apopletica, la delirante, la tetanica, la cataleptica, la epilectica, la hidrofobica, la paralitica, la cardialgica y sincopal, la disneica, la asmatica, la gastralgica, la hepática, la nefritica y tantas y tantas otras que no enumero por no molestar demasiado al M. I. T. ¡Todas efecto del miasma paludico! ¡Todas reconociendo por causa la malaria! ¡Desgraciados nosotros, si las juzgamos como enfermedades comunes en las que para nada interviene ese miasma! ¡Desgraciados nosotros, y mas desgraciado aun el enfermo, si ante un caso de ese genero creemos que se trata de una apoplegia ó pulmonia ó hiperemia ó cardialgia ect. ect. ordinaria ó comun y ponemos en planta el tratamiento que para tales casos se recomienda!. Al desconocer el elemento que juega el principal papel en estas fiebres, al desconocer el enemigo oculto, decretamos fatal y necesariamente la muerte del enfermo! Que responsabilidad, pues, tan grande pesaria sobre el profesor que tal hiciere!.

Y esas calenturas remitentes y esas neuralgias rebeldes á toda clase de antiespasmodicos. ¿Que causas reconocen tampoco mas que el miasma paludico?. Las intermitentes malignas rebeldes, normales y anormales, las observamos á cada paso disfrazando su esencia y su caracter con sintomas que parecen no pertenecerlas y que siguen su misma marcha y graduan su propia intensidad. Desde todas las especies de fiebres que pueden simular perfectamente, las normales hasta todas las variedades posibles de neurosis,

género que es mas á proposito para las anormales, pasando por todos los demas grupos que forman la nosografia especial de la malignidad en el paludismo intermitente, no hay que estrañar nada en la sintomatologia de esta clase de enfermedades. El campo de observacion es estenso y dilatado; pero la responsabilidad del profesor que no lo tenga en cuenta, tratándose de un principio morboso que va acompañado de tan insidioso y molesto cortejo de sintomas, es mas estrecha de lo que creen los que siempre se escudan en la oscuridad de la ciencia para disculpar sus faltas.

Nada hay despreciable en medicina y mas si en ello va envuelta la gravedad de un mal, que muchas veces no dá á la ciencia el tiempo necesario para conocerla.

En los pueblos que al principio cité y en los cuales he ejercido la profesion por espacio de bastante tiempo, he observado multitud de casos de entre los cuales entresacaré solo algunos, cuyas historias espondre en breves frases.

Hace algunos años, visité á un hornero, muchacho joven y recien casado, de buena naturaleza y constitucion robusta. Tenia una erupcion furunculosa en la margen del ano que le causaba escesivas molestias, pero que desapareció á beneficio de la lanceta y de los emolientes: iba ya á darle definitivamente de alta, cuando el mismo dia que pensaba hacerlo, me llamó la atencion sobre unos vómitos rebeldes y pertinaces, acompañados de cefalalgia aguda y de desvanecimiento, de que hacia dos horas se veia atacada su muger.

los vómitos eran biliosos, la lengua humedad normal en su coloracion, el pulso pequeño y frecuente; la prescribí una pocion antiemética y el uso del hielo á pequeñas dósis.

Volví aquella misma tarde y como siguiera bien la enferma, le aconsejé que tomara la pepsina y me despedí.

Ocho dias despues tornaban á llamarme; la pobre muger se encontraba en una situacion parecida al dia en que por primera vez pude observarla. Pedí antecedentes; me dijeron que habia pasado la semana en completo estado de salud y dedicada á las faenas de la casa: aquella mañana se habia desayunado con apetito y que á las pocas horas, sin esperimentar incomodidad prévia, se habia sentido de repente acometida de los mismos vómitos, cefalalgia y desvanecimiento que la semana anterior. Creyó por mi mente la idea de si se trataria de una afeccion palúdica; sin embargo volví á recomendarla la pepsina.

Al cabo de tres ó cuatro dias pasé por su casa y la hallé perfectamente bien: una cosa me llamó la atencion, su palidez. Creí que se trataba de un estado anémico y le prescribí un preparado de hierro.

Llegué á no acordarme ya de este caso, cuando el jueves de la semana entrante volví á ser llamado precipitadamente. Los mismos vómitos, la misma cefalalgia y el mismo desvanecimiento que ocho dias antes. Creyó por mi la sospecha é indiqué al marido la posibilidad de una intermitente; juzgando el sulfato de quinina en píldoras, y desde entonces no volvieron á presentarse nuevos accesos.

Este hecho nos demuestra que á veces pueden presentarse fiebres intermitentes fuera de los tipos cotidiano, terciano y cuartano.

Otro caso se refiere á un labrador joven y acomodado. Su constitucion era fuerte pero no robusta; su temperamento sanguíneo. Tenia en su organismo ese tipo tan marcado que distingue á los campesinos; facciones pronunciadas y angulosas; tez sombreada y morena. El primer dia que le vi se quejaba de una pertinaz anorexia y de algunos dolores vagos en las articulaciones y en el epigastrio. La lengua gruesa y húmeda, se hallaba cubierta de una capa pastosa blanquecina y algo amarillenta que indica la saburra: el aliento era fétido; la sed nula; la obstruccion rebelde á los purgantes que habia tomado el enfermo: el pulso pequeño y lento. Habiéndome manifestado que sentia deseos de vomitar y que lo que mas lo apuraba era su falta de apetito, que le obligaba á una abstinencia forzada, obstáculo para el trabajo; le aconsejé que tomase un vomitivo creyendo que se trataba solo de un embarazo gástrico.

Aquello, asociado á los atemperantes y á las purgas, no le sirvió de nada y tres ó cuatro dias despues el enfermo se encontraba peor. El pulso era aun mas pequeño pero su frecuencia habia aumentado; persistia el estado de la lengua; se quejaba de sed y aunque habia hecho algunas deposicio-

nes eran estas escasas y claras lo mismo que la orina. Ya no existian nauseas; pero el enfermo me dijo que desde mi visita del dia anterior habia tenido dos ó tres veces ligeros escalofrios, añadiendo que en el corto curso de su enfermedad, notaba sudores copiosos y generales á la madrugada. Hice que se metiera en la cama y determiné estar á la espectativa sujetandole á una dieta absoluta y al uso esclusivo de los atemperantes.

A las diez y media de la noche volví á su casa llamado de prisa: el enfermo estaba desconocido. Un ligero temblor agitaba su cuerpo; sus ojos hundidos y rodeados de un circulo azulado, sus pomulos salientes, su frente rugosa y cubierta de un sudor frio y viscoso, mostraban á primera vista la gravedad de su estado. La sensacion de frio, 2º era intensa, 1º que acusaba, la lengua blanca, el pulso filiforme y, lo que era peor y constituia uno de los mayores peligros, los vomitos y las deposiciones que se sucedian sin cesar. Por otra parte, faltaban calambres en los miembros y no habia el mas minimo dolor en el vientre, ni espontaneo ni á la presion; la piel y los cabellos estaban erizados; las uñas y los labios cianosicos.

Gran numero de consideraciones me asaltaban en tropel. Era evidente que no se trataba de un embarazo gastrico, ni de una fiebre de la misma naturaleza. Verdad era que por la mañana y en los dias anteriores todo lo indicaba; pero aquellos escalofrios y sudores sospechosos que habia observado anteriormente el enfermo venian en medio de todo á acusarme de error. En el estado en que se encontraba el enfermo, solo dos opiniones eran admisibles; en los primeros momentos la idea de un cólera esporadico me asalto; pero la ausencia de dolores addominales y de calambres me la hizo rechazar. Aquello no podia ser otra cosa mas que el acceso de una intermitente, cuyo caracter pernicioso la hacia temible.

Administré al enfermo algunas cucharadas de una bebida antiespasmodica que le calmaron un tanto los vomitos; hice aplicarle mantas y botellas de agua caliente al cuerpo, y conseguí, sino el frio, desapareció al menos el temblor.

Se presentó un comprofesor y prévio reconocimiento convenimos ambos en diagnosticar una intermitente perniciosa de forma colerica. Tropezamos la dificultad de como darle el antitipico pues los vomitos, aunque disminuidos, continuaban. Las deposiciones se sucedian con frecuencia. ¿Que hacer? las fricciones las consideraba impotentes; la medicacion hipodermica no la podia entablar por carecer de geringuilla á proposito.

La situacion del enfermo era grave; el acceso se prolongaba mas de lo regular, y corria peligro de muerte, si antes de acabar este acceso le alcanzaba un segundo. El tiempo pues nos apremiaba y exigia que obraramos con presteza, sino queriamos encontrarnos á las pocas horas ante un ca-

daver.

El plan que entablamos fue el siguiente: Un gramo de sulfato de quinina en píldoras para tomarlo en el espacio de media hora; un gramo del mismo sulfato con ocho decigramos de laudano todo en disolucion para administrarlo á la guardia en dosis de diez minutos en enemas de agua mezclada con polvos de ratania; se continuó la aplicacion del calor por los medios antes indicados retirandose ya mi compañero y quedando yo solo nuevamente encargado del enfermo.

Las dos primeras píldoras fueron arrojadas por el vomito. Visto esto, le dí la tercera seguida inmediatamente de una cucharada de pocion antiespasmodica y logré que la tolerara el estomago; en el espacio de media hora arrojando una y reteniendo otra, le administre la veinte; pero calculando que á lo sumo la cantidad de sulfato con que podria contar con el numero de píldoras retenidas, escasamente llegaria á cinco ó seis decigramos, dosis insuficiente para el caso, mande repetir la formula, lo mismo hice con la disolucion, puesto que los enemas habian sido de escelto inmediatamente.

A la una de la madrugada, despues de haber gastado entre píldoras y lavativas tres gramos y medio de sulfato de quinina, el acceso empezó á ceder. Una hora despues, un copioso sudor inundaba al enfermo, habian desaparecido vomitos y diarrea, el pulso tomaba su fuerza normal y desaparecia todo el terrible aparato sintomatico que nos habia alarmado durante tantas horas.

A las dos, dejando al enfermo muy quebrantado y algo tranquilo, me retiré. Entrada la mañana le encontré mucho mejor: el pulso estaba normal, y á pesar de la lengua algo blanquecina, se habia manifestado apetito. Le concedí caldo, un poco de gallina y vino de quina. Por la tarde le encontré con el pulso frecuente; dijeronme que habia hecho dos deposiciones; á la nueve de la noche quise verle; y habia tenido ligero vomito y se encontraba sudando, pero con el pulso normal.

El diagnostico de la noche anterior no podia ser mas claro, ni alguna duda hubiera podido abrigar el segundo acceso la hubiera desvanecido.

Segun el uso del antitipico segun el metodo de Trousseau, y el individuo en cuestion no volvió á ser atacado por un nuevo acceso.

Muchas consideraciones pudieran hacerse al tratar de este caso. El demostrar mejor que nada cuan cierto es que las fiebres palúdicas pueden adquirir formas cada dia mas, y cuan previsor debe ser el medico en ocasiones parecidas, ó que hubiera sucedido en este enfermo si dudando en diagnosticar se hubiera esperado un dia mas en adoptar el tratamiento á propósito? Hubiera sobrevenido no el segundo acceso mucho mas violento que el anterior y con el la muerte?

y no hubiera sido por desgracia este el unico ejemplo de ello.

Alguno tuve aunque poco, en que la violencia de la enfermedad venció en el primer acceso á los esfuerzos de la terapeutica privando me del gusto de dominar un enemigo tan terrible como artero.

Otro caso de un niño de diez años de edad habitante de una aldea, la mas castigada á causa de la proximidad al campo, se vio de repente acometido de un frio intenso, de temblores violentos, y de una copiosa hemorragia nasal.

Me llamaron y fui al momento. El enfermito se hallaba en la cama rodeado de oficiosas vecinas, y derramando abundante sangre. Estaba pálido y frio; su pulso era pequeño y lento, parecia escaparse de la presion de mis dedos. Se habian puesto en planta varios medios para atajar la hemorragia antes de mi llegada y todo habia sido inutil.

Dispuse que le quitaran las prendas de vestir que pudieran incomodarle y yo mismo hice uso de aplicaciones frias que no dieron resultado. La alarma de la familia era bastante y el estado del niño era alarmante por la insistencia de la hemorragia, en el momento de sentar al niño en la cama sobrevinieron nauseas que fueron seguidas de un abundante vomito de sangre. Aquello me alarmó, principié á dar gritos, la madre que creyo que su hijo se moria por momentos, examine la sangre arrojada por el vomito y me tranquilice; era negruzca y coagulada prueba de que procedia de las fosas nasales, deslizada por su abertura posterior á la faringe y de allí al esofago y al estomago, favorecida por la posicion supina que habia guardado largo rato.

Me vi obligado á practicar inmediatamente el taponamiento de las fosas nasales, notando al poco con satisfaccion que la piel del enfermo iba elevando su temperatura el pulso se hizo algo mas lleno, tranquilizandome ya mas, el aspecto general del niño.

Dispuse que guardara quietud en la cama. Al poco rato sobrevino un sudor abundante, la hemorragia se habia suspendido y el calor se acentuaba siendo tambien casi normal el pulso.

Lo restante del dia lo paso bastante bien y por la noche le administre ocho de cigrano, de sulfato de quinina disuelto en agua con unas gotas de laudano de Sydenham siguiendo ya despues bien.

¿Era realmente la enfermedad una fiebre intermitente perniciosa de forma hemorragica? Todo parecia indicarlo. En primer lugar la endemia que reinaba en el pueblo y que daba lugar á tan extrañas manifestaciones del paludismo, y en segundo la repentina aparicion de los fenomenos alarmantes, su gravedad, el calor que siguio á la cesacion de la hemorragia, el sudor caracteristico con el reba-

jamiento de todos los síntomas, y la falta de otro acceso por efecto del antitípico administrado.

Pasemos á enumerar algunos otros de los efectos del miasma palúdico; mas para esto nada mejor en nuestro concepto que detallar brevemente lo observado en un enfermo de veinte y nueve años de edad, soltero, carabinero, de temperamento linfático y constitucion deteriorada. Presentose á nuestra observacion con la cara abotagada, la piel pálida y demacracion general pronunciada. El addomen mas tenso que de ordinario, no encontrandose hipertrofiado el hígado, pero sí un ligero infarto del bazo. El pulso era frecuente y debil, pero ofrecia irregularidades correspondientes á palpitaciones desordenadas del corazon. La respiracion se aceleraba y llegaba á la disnea durante los ataques de palpitacion. La percusion en la region precordial demostró que no se hallaba aumentada la estension del sonido macizo. La auscultacion reveló una mayor claridad en el ruido que sigue al sístole, y un soplo que reemplazaba con intermitencia al ruido que corresponde al cierre de las valvulas ariculo-ventriculares y que se oia con mayor intensidad en el vertice del corazon.

¿Se trataba en este caso de una lesion cardiaca? ¿Se trataba de una anemia esencial? Fácil era confundirlo con ambas enfermedades. Sin embargo la falta de persistencia del ruido de fuelle que en el corazon se percibia; lo debil de la impulsion cardiaca, la poca estension del sonido macizo, el color de la piel y el temperamento linfático del enfermo, todo escluia la lesion del corazon; al paso que la falta de pérdidas sanguineas, el oficio del enfermo, las afecciones que anteriormente habia padecido, el infarto del bazo y el color amarillo de la piel nos inclinaban á desechar la anemia y á admitir que se trataba del paludismo, de una caquexia palúdica. En efecto, el tratamiento vino á comprobar lo acertado del diagnostico. ¡Cuan cierto es, M. I. S., el célebre aforismo de natura morborum curationes ostendum!

En otros individuos constituidos en este estado de empobrecimiento de la sangre se observan edemas en las estremidades, derrames en las serosas, en el peritoneo, en la pleura y mas rara vez en la aracnoides. ¡A tal estremo puede conducirles la falta de asistencia facultativa y la continuada permanencia en los lugares do contrajeron la primera intermitente!

De próposito hemos dejado para lo último dos complicaciones ó efectos de la malaria: el infarto del bazo tan frecuente en los que han padecido muchas veces las intermitentes, sobre todo del tipo cuartanario, y el infarto del hígado, que es algo mas raro. No falta quien atribuye estos infartos al empleo del sulfato de quinina, mas no es dificil comprobar el error en que viven: ¡Cuantos enfermos que no han tomado un solo grano de la tan preciosa raiz peruana padecen esos infartos!

¡Y en cambio cuantos otros que por varias y distintas enfermedades la han tomado no los padecen! No creemos deber insistir sobre este punto: restanos pues decir dos palabras sobre el origen ó causa del paludismo, sobre el origen ó causas del miasma paludico.

Lluvias repetidas, sobre terrenos duros que absorben dificilmente el agua; climas humedos y sombrios; la existencia de las marismas en las playas bajas y de los pantanos que á consecuencia del deshielo se forman en las hondonadas de los paises montañosos; la falta de policia urbana en las grandes ciudades; la proximidad de rios anchos y de corriente lenta; la roturacion de terrenos virgenes ó abandonados largo tiempo; el dormir al descubierto en las noches serenas del estio; la alimentacion mezquina; las pasiones morales deprimentes y el influjo de la imaginacion cuando hay motivos abonados que lo justifiquen, son causas mas que suficientes para originar la enfermedad.

Aparte de estas ay aun otras que no por ser indepedientes de los accidentes climatologicos dejan de tener importancia. El paludismo es un azote que lo mismo alcanza al anciano que al joven, al debil que al fuerte: una afeccion para la que la mayor parte de los preservativos son inutiles.

Sin embargo hay naturalezas que pudieran llamarse refractarias á su influjo, al que resisten por largos años sin conocer sus efectos, aun esponiendose á todo genero de circunstancias que pudieran acarrear la invasion, y que en un momento dado, sin motivo que lo abone se sienten atacadas con fuerza cuando menos razon habia para presumirlo

He llegado, M. I. S., al final de este mal ideado y peor desarrollado trabajo, y ahora mejor que nunca podeis ver con cuanta razon reclamé al comenzar vuestra indulgencia; ¡que cuando el pobre, el escaso de recursos oratorios pide benevolencia, es M. I. S., porque sabe que la ha de menester! Y cuando, no á su voluntad, sino á la pequeñez de su inteligencia se debe alguna muestra de este genero, sabe tambien, M. I. S., que jamas esa benevolencia negaron sabios tan ilustres, maestros tan distinguidos como componen el tribunal á que acabo de dirigirme;

He dicho

Madrid 29 de Setiembre de 1874.

Miguel Gomez Farin